

PENÍNSULA | ODISEAS

David Meseguer y Karlos Zurutuza Respirando fuego

En las entrañas de la lucha kurda
por la supervivencia



Respirando fuego

David Meseguer
Karlos Zurutuza

En las entrañas de la lucha kurda
por la supervivencia

Prólogo de Manuel Martorell

ediciones península

© David Meseguer Mañá, 2019
© Karlos Zurutuza Aguado, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2019

© del prólogo: Manuel Martorell Pérez, 2019

Mapa al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

PAPYRO: fotocomposición
DEPÓSITO LEGA: B. 4.850-2019
ISBN: 978-84-9942-801-7

ÍNDICE

Cronología	13
Prólogo: «Nuestra deuda con el pueblo kurdo», por Manuel Martorell	23

PRIMERA PARTE BAKUR (NORTE)

1. Volver al norte	33
2. Primavera Árabe, verano kurdo	37
3. Intifada en las calles	49
4. Alto el fuego	61
5. Cizre, guerra total	69
6. La prisión para periodistas más grande del mundo	77

SEGUNDA PARTE BAŞÛR (SUR)

1. Ángeles contra la barbarie	91
2. Vidas al calor del fuego eterno	103
3. Guerra de trincheras	113
4. La antesala de otro desastre	123

5. El referéndum de independencia y las garras de Bagdad	127
---	-----

TERCERA PARTE
ROJHILAT (NACIENTE)

1. Entre la lírica y el drama	143
2. Kandil bajo las bombas iraníes	151
3. El hombre tras la historia del PKK	161
4. Los fardos del pecado	167
5. El maquis kurdo que lucha contra Irán	179

CUARTA PARTE
ROJAVA (PONIENTE)

o. Menos que cero	191
-------------------	-----

UNA REVOLUCIÓN SILENCIOSA	203
1. Los primeros latidos de la revolución kurda	205
2. El «pequeño Kurdistán» de Alepo	219
3. El primer Nouruz sin Al Asad	239
4. Milicianas kurdas contra Estado Islámico	251
5. Salir a la superficie	265
6. «Democracia radical»	281
7. Cuando la fe no mueve montañas	287
8. Votar con sangre por Bachar	295

DEL SUEÑO A LA PESADILLA	309
9. Asalto final a la capital del califato	311
10. Afrín, la <i>nakba</i> kurda	327

Epílogo: Volver a empezar	341
Agradecimientos	355

VOLVER AL NORTE

KARLOS ZURUTUZA

Los mapas políticos son como páginas en blanco. No aportan pista alguna de la gente que vive en esos países y, al menos en mi caso, no invitan a su exploración. La historiadora griega Effie Voutira lo explica con un ejemplo muy visual: el mapa del mundo actual sería un Modigliani, de formas tan definidas como planos sus colores, mientras que el del Imperio otomano sin reformar sería un Kokoschka, de límites difusos pero con una enorme gama de colores. Habría que cartografiarlos con rayos X para ver lo que hay debajo o, al menos, para dotar de herramientas a la imaginación. Me di cuenta enseguida de que una buena crónica podía conseguir un efecto similar, pese a que el periodismo fue para mí una vocación tardía que llegó ya cumplidos mis treinta, y alimentada por mapas totalmente ajenos a complejas coyunturas políticas en Oriente. Buscando lenguas es como descubrí a la fascinante minoría pomaca de los Balcanes, a los últimos griegos pónicos de Anatolia o a los turcomanos de Mesopotamia, entre otros. También a los kurdos. Una vez localizados, solo quedaba ir allí y contar su historia.

A no ser que uno viva en una capital como Berlín o París, supongo que lo más normal es dar por primera vez con ellos ha-

ciendo turismo en Estambul. La mayoría de los que sirven en las populares terrazas a la sombra de sus icónicas mezquitas son kurdos, y también son legión los que viven en los *gecekondu* de las afueras, la versión turca de las favelas. No habrá turista en Estambul que no se haya cruzado con ellos, aunque son muy pocos los que visitan sus lugares de origen. Esto se explica porque los circuitos turísticos estándar en Turquía son de dos tipos: los que giran por el oeste del país en el sentido de las agujas del reloj, y los que lo hacen a la contra. Solo los turoperadores que ofrecen viajes «de aventura» y los viajeros independientes llegan hasta el sureste: ese es el Kurdistán turco, Kurdistán norte o, simplemente, Bakur (en la lengua de los kurdos, «norte»). Tuve la suerte de acercarme hasta allí antes de ser periodista. Solo viajando por el puro placer de viajar se puede disfrutar de un baño en las mismas fuentes del Éufrates, de un paseo por la segunda muralla más larga del mundo tras la China (Diyarbakir) o de un amanecer sobre las enigmáticas cabezas de piedra en la cima del monte Nemrut. Si los mapas lingüísticos me arrastraron a Kurdistán diría que fue en ese rincón de Mesopotamia donde recibí el veneno del periodismo. Mi interés por las lenguas seguía intacto, pero dejé de ser una «esponja» que las absorbía concentrándome en entrevistas y reportajes que quizás nunca se publicaran; o en la burocracia de las acreditaciones y los permisos; o en la espada de Damocles que pende sobre uno cuando trabaja en lugares en los que los periodistas no son bienvenidos... Hay muchos de esos en el mundo, y también en Kurdistán.

Visitaba las zonas kurdas de Turquía recién estrenado el siglo XXI para darme de bruces con una realidad esculpida en granito: la violencia ejercida sobre un pueblo al que se le negaban sus derechos más básicos, desde escribir en su lengua hasta reunirse, menguaba en vísperas de un nuevo proceso de paz entre Ankara y «sus» kurdos, pero se volvía a la casilla de salida cada vez que este se rompía. Y así una y otra vez. Van ya más de quince años

en los que se me acumulan los amigos kurdos que han sido encarcelados, torturados o asesinados. Muchos de ellos han tenido que huir del país para evitar lo peor; de otros, simplemente, nunca volví a tener noticias. Probablemente se podría empapelar la muralla romana de la ciudadela de Diyarbakir con los retratos de todos los kurdos muertos en esta guerra poco y mal contada. Solo en las oficinas de *Azadiya Welat*, el único periódico en lengua kurda durante muchos años, colgaban las fotografías de quince de sus más de treinta periodistas asesinados. Visité aquella redacción por primera vez en el otoño de 2008. Era un apartamento en un segundo piso de un bloque de viviendas a las afueras de Diyarbakir, Amed para los kurdos. Su director de entonces se llamaba Yasar Eroğlu y me dijo que, dieciséis años atrás, habían empezado como *Welat*, pero Ankara ilegalizó el medio por presuntos vínculos con la guerrilla kurda y nació *Welat Eme*. Después vino *Azadiya Welat*, luego, *Denge Welat* y *Welat*, «a secas». En 2008 volvían a ser *Azadiya Welat*. La historia del periódico era calcada a la del partido político kurdo mil veces ilegalizado y rebautizado, y también una metáfora de ese bucle demencial en el que parecían atrapados los kurdos de Turquía. Al final de aquella entrevista, Eroğlu me dijo que estaba seguro de que acabaría en la cárcel, lo mismo que su antecesor y quien lo sucedería en el cargo. Y así fue.

Aquella gente no solo luchaba hasta las últimas consecuencias, sino que además era capaz de reinventarse las veces que hiciera falta. Volver al norte para contar cómo los kurdos levantaban la cabeza tras la enésima operación de castigo de las fuerzas de seguridad turcas, o tras unas elecciones en las que las urnas estaban llenas de papeletas ya antes de abrir los colegios, de esas en las que se compran los votos de los más pobres con lavadoras. Volver al norte para ver cómo se inundaba una zona del tamaño de Andalucía con una red de pantanos que desplazaba a aquellos cuyos pueblos no habían sido destruidos. Hay que buscar ya bajo

el agua un patrimonio de doce mil años de antigüedad como el de Hasankeyf.

Todo aquello ocurría ante la indiferencia más atroz de eso que se da en llamar «comunidad internacional». Los focos no solo no apuntaban, sino que parecían incluso esquivar a los kurdos sobre el macabro escenario de Oriente Medio. Contar aquella historia iba a ser como un solitario trabajo de noche. Pero también un fascinante desafío.

PRIMAVERA ÁRABE, VERANO KURDO

DAVID MESEGUER

Desafiando el sofocante calor y bajo la atenta mirada de un gigantesco retrato de Mustafá Kemal Atatürk, el fundador de la República turca, centenares de kurdos rezaban al aire libre frente a la milenaria muralla que custodiaba la plaza Dagkapi de Diyarbakir. En condiciones normales, aquella multitudinaria plegaria del viernes debería estar celebrándose en la mezquita de Nebi, controlada por el Estado turco, pero se trataba de una de las diferentes acciones de desobediencia civil que la comunidad kurda llevaba a cabo para mostrar su indignación con la política de Ankara.

Aquellas protestas estaban pasando bastante desapercibidas para los principales medios de comunicación internacionales, pues la denominada Primavera Árabe estaba capitalizando la práctica totalidad de los titulares. Ante lo que estaba sucediendo en países como Libia o Siria, poco interés generaba un conflicto como el kurdo, que llevaba ya más de treinta años enquistado en Turquía. Por suerte, aquel 12 de junio de 2011 iban a celebrarse elecciones generales y su resultado podía ser decisivo para relanzar o ahogar aún más el proceso de paz entre el Gobierno central y el Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK, por

sus siglas en kurdo). Cubrir aquellos comicios desde Kurdistán era una excelente oportunidad para situar de nuevo el conflicto en las portadas.

Había pisado tierra kurda, y concretamente Diyarbakir, por primera vez durante los actos del Nouruz de 2010, un festejo considerado el Año Nuevo kurdo con el que este pueblo mesopotámico celebra la llegada de la primavera. En aquella primera toma de contacto con Kurdistán también pude conocer zonas aledañas a la capital, y una de las cosas que más me llamó la atención fue la masacre patrimonial que se estaba gestando en Hasankeyf, un increíble lugar con cuevas naturales de miles de años a orillas del Tigris. Mientras la Capadocia turca rebosaba de turistas, aquella perla cultural y natural iba a quedar sumergida bajo las aguas de una gigantesca presa. En otra latitud del planeta, aquella aberración ocuparía portadas, y organismos como la UNESCO, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, harían todo lo posible por frenarla. Pero Hasankeyf estaba maldito: se encontraba en Kurdistán. ¿Por qué el grito de auxilio kurdo era ignorado en todo el mundo? De aquel primer viaje no escribí ni publiqué nada, quizás porque sabía a ciencia cierta que regresaría. Tenía muchas preguntas y necesitaba aún más respuestas. Los kurdos buscaban su lugar en el mundo, y yo, como persona y periodista, también. Interesado en las minorías ya desde mis primeros pasos en el periodismo internacional, Kurdistán se cruzó en mi camino en un momento vital y, además, tenía todos los ingredientes necesarios para convertirse en el epicentro de gran parte de mis siguientes coberturas después de haber pasado varios años pateando los Balcanes y la polvorienta hamada del Sáhara Occidental.

Cuando el imán dio por finalizado el rezo en la explanada central de la plaza Dagkapi, aproveché que la multitud de fieles se dispersaba para obtener alguna opinión en relación con aquel acto de protesta y saber cómo valoraban unas polémicas declara-

ciones realizadas por el primer ministro, Recep Tayyip Erdoğan, durante el acto de campaña del gobernante Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP, por sus siglas en turco) en Diyarbakir.

El jefe de Gobierno islamista había dicho que los musulmanes de la mezquita de Süleymaniye en Estambul rezaban en la misma dirección que sus hermanos de las regiones kurdas. En las anteriores elecciones generales de 2007, la estrategia de apelar a la hermandad musulmana entre kurdos y turcos como contrapeso de las diferencias étnicas y culturales resultó muy satisfactoria para el AKP. El mensaje religioso, unido a las promesas de desarrollo económico y el compromiso para resolver la cuestión kurda, provocó que Erdoğan obtuviera muchos votos entre la ciudadanía kurda.

—Si somos hermanos, ¿por qué siguen encarcelando a nuestros políticos y matando a nuestros hijos? —se preguntaba Yarsan, un joven de veintiocho años, mientras recogía la alfombra utilizada para la oración.

—En las últimas elecciones voté a Erdoğan porque creí en su palabra. Dijo que haría todo lo posible por solucionar el conflicto kurdo, pero lo que ha hecho es aumentar el nivel de represión —comentaba un señor de avanzada edad a la vez que se calzaba unos zapatos de piel marrón.

Aquel descontento entre un amplio sector de la sociedad kurda hacia el Gobierno central quería aprovecharlo el prokurdo Partido Paz y Democracia (BDP, por sus siglas en turco) para ampliar su representación en el Parlamento turco. La formación, que concurría a los comicios con una lista de candidatos independientes —entre los que destacaban históricos dirigentes como Leyla Zana— para poder superar el umbral electoral del diez por ciento, no había escatimado recursos en propaganda electoral.

En el trayecto entre los distritos de Sur y Bağlar, donde se encontraba la sede del BDP, las calles estaban adornadas con banderines rojos, verdes y amarillos con el escudo del partido. También

era muy habitual cruzarse con niños corriendo a pie y en bicicleta que ondeaban banderas de la formación kurda o hacían la señal de victoria al paso de un gran autobús de campaña, semejante al de los equipos de fútbol, que lanzaba proclamas y emitía música a todo volumen.

Tenía programada una entrevista con la diputada de origen turco Nursel Aydoğan, quien, con más de veinte años de militancia y lucha por la causa kurda, se presentaba de nuevo a la reelección por el distrito de Bağlar, uno de los feudos del BDP en Diyarbakir. Mientras esperaba la llegada de Aydoğan, aproveché para charlar con el responsable de relaciones internacionales de la formación, Evren Çevik, que, aunque habitualmente se encontraba en Ankara, se había desplazado a la histórica capital del Kurdistán norte para las elecciones generales.

En los cinco minutos que duró la conversación, el joven político kurdo subrayó que las promesas de desarrollo económico del AKP no habían logrado disminuir la tasa de paro, que seguía en torno al veinticinco por ciento, y que proyectos económicos como el Proyecto de Anatolia Suroriental (GAP, por sus siglas en turco), un plan para el desarrollo económico del sudeste de esta región que conllevaba la construcción de unos doscientos embalses de agua, estaban provocando la desaparición de muchas aldeas y el consecuente desplazamiento de la población. Çevik también destacó que la falta de derechos y la poca proyección de la lengua kurda en ámbitos públicos eran otros de los factores de desencanto con el Gobierno central.

Mientras charlaba distendidamente con el responsable de Relaciones Exteriores del BDP, Nursel Aydoğan hizo acto de aparición con un rostro visiblemente cansado. Quedaban un par de días para las elecciones, y el ajetreo de mítines, entrevistas y demás actos de campaña comenzaban a pasar factura.

—Si conseguimos sentar entre treinta y cinco y cuarenta candidatos en el Parlamento de Ankara, pondremos todo nuestro

empeño en incorporar un estatuto de autonomía a los cambios constitucionales que planea llevar a cabo el Gobierno —indicó la parlamentaria del BDP, a quienes las encuestas auguraban una subida notable de escaños después de que la marca anterior kurda, el ahora ilegalizado Partido de la Sociedad Democrática (DTP, por sus siglas en turco), consiguiera veinte escaños en los comicios generales de 2007—. El objetivo de una autonomía democrática no es dividir Turquía, sino conseguir derechos básicos para los kurdos y que el modelo sea aplicable a otras regiones del país que tienen singularidad propia —siguió Aydoğan, para posteriormente añadir que, si el AKP se negaba a hacerlo, el BDP comenzaría a gestionar de forma unilateral muchas de las administraciones locales y regionales.

La propuesta de autogobierno contaba con el respaldo del líder del PKK, Abdullah Öcalan, que había fijado el 15 de junio —tres días después de las elecciones— como fecha límite para que el Ejecutivo de Erdoğan adoptara una posición definitiva y explicara cómo pensaba resolver el conflicto kurdo. La apuesta por la autonomía en detrimento de un Estado propio se enmarcaba dentro del viraje ideológico que había experimentado la hoja de ruta de Öcalan desde su captura y encarcelamiento en 1999. El modelo de confederalismo democrático propuesto por Apo (en kurdo, «tío»), la forma cariñosa con la que los kurdos se refieren a él, se basa en la descentralización del poder a favor de una sociedad civil organizada desde las municipalidades que, sin necesidad de desafiar la territorialidad de los Estados, podría traer la paz y la estabilidad a Oriente Medio.

—La palabra de Öcalan tiene tanto poder que, aunque el BDP plantee el mejor proyecto político posible, si este no es aprobado por Öcalan, los kurdos no van a respaldarlo —afirmó de forma tajante Nursel Aydoğan para dimensionar la influencia que tenía el líder del PKK en su estrategia electoral, así como su gran capacidad para movilizar al electorado.

La formación política kurda veía imprescindible la presencia de Öcalan como interlocutor en la mesa de negociación con el Estado turco y exigía una mejora en las condiciones de su confinamiento como gesto de buen entendimiento para comenzar las conversaciones de paz.

LOS ORÍGENES DEL CONFLICTO

El estatuto de autonomía y la liberación de varios políticos presos que habían presentado su candidatura a las elecciones eran los dos ejes principales sobre los que giraba la campaña del BDP, tal y como pude comprobar en el mitin final de campaña celebrado en Diyarbakir. Además de los habituales banderines del partido y las omnipresentes banderas amarillas con el rostro de Öcalan, centenares de pósteres pidiendo la libertad de Hatip Dicle se habían repartido entre la multitud.

Acusado de hacer propaganda terrorista, aquel carismático político había sido detenido y encarcelado tras la ilegalización de la anterior marca política kurda en diciembre de 2009. Desde entonces, más de mil quinientos activistas y representantes kurdos habían sido arrestados, acusados de formar parte de la ilegalizada Unión de las Comunidades Kurdas (KCK, por sus siglas kurdas), considerada la sección urbana del PKK por la justicia turca. Además de su liberación, una de las principales reivindicaciones del BDP era la rehabilitación de sus funciones públicas en caso de resultar elegido parlamentario.

Conscientes de la importancia de aquellas elecciones, familias enteras habían acudido al mitin a pesar de las elevadas temperaturas que aún persistían a última hora de la tarde. De todas las personas con las que hablé para conocer su opinión sobre los comicios y el conflicto kurdo, me impactó el testimonio de Rojbin, una joven de treinta y un años originaria de una

pequeña aldea cercana a la ciudad de Silvan, en la provincia de Diyarbakir.

—Los militares turcos llegaron al alba y nos obligaron a abandonar nuestra casa. Apenas tuvimos tiempo para coger algunos enseres. Quemaron todo el pueblo —recordaba aquella mujer que, como muchos de sus vecinos, se había instalado en el barrio de Bağlar, en la capital kurda.

Como Rojbin, decenas de miles de desplazados tuvieron que abandonar forzosamente su hogar durante los noventa —una época conocida como «los años de tierra quemada»— e instalarse en los arrabales de grandes ciudades como Estambul o la misma Diyarbakir. Aquellos distritos, en los que el PKK tenía un gran apoyo popular, eran una auténtica cantera de combatientes para la guerrilla.

La propia Rojbin me comentó que era la mediana de nueve hermanos y que dos de ellos estaban en las montañas combatiendo. Aquel era un esquema familiar que se reproducía con mucha asiduidad. Como me había explicado un periodista kurdo que también tenía hermanos en el PKK, en los ambientes rurales de Kurdistán eran habituales las estirpes con muchos hijos y que, de ellos, dos o tres fueran «una contribución a la lucha por la causa kurda».

El destierro de Rojbin era solo una de los miles de historias de sufrimiento que había provocado el conflicto entre el Gobierno turco y el Partido de los Trabajadores de Kurdistán. Constituida de forma oficial en 1978, la organización política de ideología feminista, socialista y marxista-leninista nació bajo el liderazgo de Abdullah Öcalan con el objetivo de luchar por los derechos culturales y políticos de los cerca de catorce millones de kurdos que vivían en Turquía y conseguir la creación de un Estado kurdo independiente.

La represión ejercida por el Estado turco y los Lobos Grises —paramilitares ultranacionalistas turcos— sobre el PKK y otros grupos disidentes a finales de los setenta y principios de los ochenta

ta alcanzó su punto álgido tras el golpe de Estado del 12 de septiembre de 1980. En aquel momento todas las organizaciones políticas de Turquía se convirtieron en objetivo de la dictadura militar, que en poco tiempo encarceló a medio millón de militantes políticos, muchos de ellos miembros del PKK.

Ante aquella coyuntura, el PKK decidió retirarse a Siria y el Líbano para estructurar mejor la organización y sentar las bases de la futura guerrilla. Fue en Siria, concretamente en la ciudad de Dará, donde en 1982 se tomó la decisión de apostar por la lucha armada, por lo que pronto habría de regresar a Turquía para combatir. Para entrenar a sus milicianos, la guerrilla estableció bases militares en Siria y el Líbano, cuyo centro de entrenamiento del valle de la Becá fue uno de los más importantes. El PKK tomó partido en la guerra civil del Líbano prestando su apoyo militar al bloque prosirio.

El 15 de agosto de 1984, el PKK lanzó un ataque en la provincia de Hakkâri en el que falleció un gendarme, y siete soldados, dos policías y tres civiles resultaron heridos. La lucha armada kurda en Turquía había comenzado.

La guerrilla, que contaba con muchos militantes instalados en países europeos, internacionalizó su lucha armada cometiendo ataques contra intereses turcos en países como Francia y Bélgica. Este hecho y las víctimas civiles que dejaban muchas de sus acciones provocaron que la Unión Europea (UE) y Estados Unidos incluyeran a la organización kurda en la lista de organizaciones terroristas.

Las desigualdades sociales y económicas existentes entre Kurdistán —con un nivel de desarrollo mucho menor y falta de inversiones estatales— y el resto de Turquía generaron gran apoyo de la población local hacia la guerrilla, que luchaba por el reconocimiento del pueblo kurdo y un sistema más justo y equitativo. La defensa de la igualdad de género en un Oriente Medio marcadamente patriarcal llevó a muchas mujeres a abandonar sus hogares y unirse a la milicia.

Durante la presidencia de Turgut Özal (1989-1993), que anunció un importante paquete de reformas de cara a la cuestión kurda, se produjeron las primeras conversaciones entre Ankara y el PKK, que proclamó un alto el fuego el 20 de marzo de 1993. La muerte de Özal en abril de ese mismo año provocó que el paquete de reformas nunca llegara a presentarse, por lo que la guerrilla rompió rápidamente la tregua.

Para contrarrestar la creciente fuerza del PKK en la región kurda, entre 1992 y 1995 el Ejército turco desarrolló nuevas estrategias de contrainsurgencia. Para acabar con las diferentes bases logísticas de la guerrilla, deforestó miles de hectáreas y destruyó más de tres mil aldeas kurdas como castigo a su colaboracionismo con el PKK, causando alrededor de dos millones de refugiados y desplazados, como fue el caso de Rojbin y su familia.

En muchas de las villas que las fuerzas gubernamentales dejaron en pie se implantó el sistema de guardias rurales, un método de contrainsurgencia que aún hoy sigue vigente. Pastores y agricultores locales armados por Ankara a cambio de un sueldo a fin de mes tienen la función de impedir que la guerrilla actúe en su territorio. Mientras se escriben estas líneas, se calcula que hay cerca de ochenta mil paramilitares.

ÉXITO ELECTORAL

Precisamente, pasé la mañana de la jornada electoral en Kuferdel, una villa situada veinte kilómetros al norte de Mardin donde muchos de los aldeanos trabajaban como guardias rurales. Incrustado en una comitiva de observadores internacionales, nos habíamos desplazado una hora al sur desde Diyarbakir para observar cómo se desarrollaban los comicios en aquella pequeña localidad, gobernada por el AKP y donde las sospechas de un posible fraude flotaban en el ambiente.

La entrada a Kuferdel estaba custodiada por dos de aquellos paramilitares, fuertemente armados y vestidos con ropas de camuflaje. Aquella villa, que había sido destruida en los años noventa y tenía registradas trescientas veintidós personas en el censo, estaba completamente adornada con banderines de la formación islamista de Recep Tayyip Erdoğan. Varios blindados de la Policía turca custodiaban la entrada al colegio electoral.

Cuando la expedición de observadores internacionales salió del vehículo, una decena de niños correosos se abalanzó sobre ellos al grito de «¡AKP, AKP!» mientras hacían el símbolo de victoria con las manos. Al encuentro de la comitiva también salió el líder local del BDP, quien había solicitado la presencia de los observadores y que aprovechó nuestra presencia para realizar el sufragio.

—Erdoğan ha traído trabajo y prosperidad a nuestro pueblo. Ojalá que vuelva a ser reelegido —indicó Mehmet, un hombre de frondoso bigote grisáceo que debatía en corrillo junto a sus convecinos en la puerta del colegio electoral.

—El Gobierno ha comenzado a hacer gestos hacia los kurdos. Ahora tenemos una televisión en kurdo y podemos estudiarlo —señaló otro de los hombres inmiscuidos en la charla.

Lo que no dijeron aquellos votantes del AKP es que en el canal TRT 6 estaba prohibido cualquier tipo de debate político y que la programación se limitaba a contenidos puramente folklóricos como conciertos, dibujos animados o culebrones. Tampoco mencionaron que la enseñanza del kurdo estaba únicamente circunscrita a centros privados, por lo que la inmensa mayoría de la población no podía costársela.

De vuelta a Diyarbakir, el lugar que elegí para seguir en directo el recuento de votos fue la sede del BDP. En su interior, numerosos políticos y simpatizantes se agolpaban frente a unos monitores de televisión que había en la planta baja del edificio. A medida que avanzaba el escrutinio, cada subida en el número de diputados era celebrada como si de un gol se tratara. Mientras

progresaba la noche, los seguidores de la formación iban llenando la gran explanada que había frente a la sede del partido.

Una explosión de júbilo se produjo dentro de la sede y se contagió a sus alrededores cuando, a dos décimas del total del porcentaje de votos escrutados, se confirmaba el éxito electoral kurdo: treinta y seis diputados en el Parlamento de Ankara. A medida que la noticia se propagaba por todos los rincones de la sede del BDP, los abrazos y las felicitaciones se sucedían. Líderes históricos como Leyla Zana no paraban de estrechar manos, repartir besos y recibir la enhorabuena de sus militantes. Zana fue la primera política kurda en el Parlamento turco y, cuando juró su cargo en 1991, tuvo el coraje de utilizar su lengua autóctona, aún prohibida en las esferas públicas. Encarcelada entre 1994 y 2004 por traición y pertenencia a una organización ilegal, su activismo político le valió el Premio Sájarov en 1995.

La euforia se hizo extensible a toda Diyarbakir y miles de personas se echaron a la calle para celebrar unos resultados que la formación kurda había planteado como un plebiscito sobre la autonomía democrática para Kurdistán. Cláxones y fuegos artificiales se entremezclaban con cientos de voces que clamaban al unísono: «*Biji Serok Apo!*» («¡Viva nuestro jefe Öcalan!»). Entretanto, un helicóptero del Ejército turco volaba a baja altura y trataba de intimidar a la muchedumbre reunida frente a la sede del BDP, en cuya fachada unos jóvenes habían desplegado una gigantesca bandera del PKK.

Sin embargo, la celebración terminó de forma abrupta cuando dos vehículos blindados de la Policía turca hicieron acto de presencia y comenzaron a rociar a los presentes con gas lacrimógeno. La multitud se dispersó rápidamente, y muchas personas tuvieron que refugiarse en el interior de la sede del partido con problemas oculares y respiratorios. Yo mismo tuve que frotarme los ojos con media rodaja de limón que algunas señoras repartían entre los afectados.

El movimiento kurdo afín ideológicamente al PKK había conseguido un aumento notable de diputados, y ahora traspasaba la presión a Ankara. El reelegido primer ministro, Recep Tayyip Erdoğan, debía pronunciarse en relación con la demanda autonómica, y los tribunales, por su parte, debían decidir si habilitaban a los ya políticos electos que continuaban presos. Öcalan había dado tres días de ultimátum: cualquier escenario era posible.